

COSAS DE LA VIDA

Por VÍCTOR JIMENEZ

Cuando Jacobo Cortines me pidió un comentario de *Las cosas por su sombra*, mi último libro de poemas, confieso que me puso en un aprieto. Ni me han gustado nunca las cosas de repente ni me gusta ejercer la crítica literaria, y menos si se trata de valorar mi propia obra. En estos casos, siempre recuerdo los versos de Javier Salvago:

“Poeta, usted lo ha dicho, no doctor de la lengua
—aunque sea compatible- ni erudito ni oscuro
ratón de biblioteca”

Y no es que yo considere al poeta un ser excepcional, sino todo lo contrario.

EL ESPEJO

No eres más que un ingenuo charlatán,
vendedor de imposibles y añoranzas,
que va de duelo en duelo por la vida
dando pena por gozo al respetable
para ganar —si acaso— unas pesetas
de falsa vanidad y gloria efímera.

Escribió Carlos Murciano que la poesía es un don y el poeta un don nadie. Me parecía la tarea una presunción —y no precisamente de inocencia— por mi parte. Además, no sé a quien

le pondría interesar las impresiones de un poeta menor, casi desconocido, uno de los que, como decía con fino humor Antonio Luis Baena, pertenecen al cuerpo de la poesía secreta.

Pero, al final más que mi pudor, pudo mi agradecimiento a quienes me otorgaron el Premio “Florentino Pérez-Embidi” y han hecho realidad uno de mis sueños: publicar en la prestigiosa colección Adonais.

Creo que mi trayectoria poética ha supuesto una continua evolución positiva, un crecimiento que cristaliza, ahora, en *Las cosas por su sombra*, libro que cierra una primera etapa de mi obra y donde se encuentra, en armonía y más definido, todo cuanto, por separado, se esbozaba en cada uno de los tres libros anteriores: *La Singladura*, doce sonetos, homenaje al Barroco español, que constituyen un auténtico ejercicio de estilo, *Cuando venga la luz*, donde, intentando romper tópicos usuales, presentaba un extenso poema de amor, eje vertebral de la existencia humana; y *Apenas si tu nombre*, en el que se expone el desamor con el lenguaje roto de lo cotidiano y, según Francisco Mena Cantero, “aunque vuelve el amor a ser tema central del libro, aquél aparece más universalizado”, y se utiliza, en opinión de otros críticos, como procedimiento básico, la ruptura de las secuencias, la sorpresa léxica, la emboscada lingüística.

Antes de entrar de lleno en el poemario que nos ocupa, he de precisar que yo no escribo libros. Escribo poemas que, cuando quiere Dios o la poesía, terminan siendo un libro en el que los poemas, por afinidad igual que las personas, se juntan encontrando finalmente su orden, su natural espacio en el conjunto.

Pero entremos, ahora sí, en la obra. En *Las cosas por su sombra* hablo —el poeta es un hombre que habla solo— de lo que vivo, de lo que sueño, de añoranzas e imposibles.

Hablo de las cosas de la vida, pero no llamándolas por su nombre, sino por su sombra o su lumbre, es decir, por su misterio o su luz; como escribe María Sanz, “llamando a las cosas sombrías por su luz final”, en una búsqueda de aquello que se esconde más allá de la apariencia; haciendo un recorrido desde la infancia a la madurez, a través de esta sombra que se cuele por las rendijas de la memoria:

LATIDOS

Advertir las miradas,
escuchar los latidos
y llamar a las cosas
por su sombra o su lumbre.

Una travesía donde, en palabras de Jorge de Arco, “el poeta cruza el amanecer, el espejo, las mareas y se detiene en los objetos que lo rodean: un despertador, un sillón, un libro, un cuadro...”

EL CUADRO

(Gaspar Melchor de Jovellanos,
por Francisco de Goya)

Como un lento, oscuro, inmenso
mar que anega el corazón,
crece mi desolación
hoy, más cuanto más lo pienso.
Tan débil, tan indefenso
me hallo ante la soledad,
la responsabilidad,
los ataques, las intrigas...
Y carcomidas mis vigas
por la pobreza y la edad.
Y la sombra me aniquila.
No me queda ni la lumbre
del amor ni mi costumbre
de vida dulce y tranquila.
Sólo la luna vigila
el enjambre de mis sienes.
¿Y me dices tú que vienes
a pintarme? Goya, amigo,
si aún te vale este mendigo
de la dicha, aquí me tienes.

Deja, Gaspar, encendida
 la luz de la inteligencia.
 Ignora toda presencia.
 Acomódate y olvida
 cuanto no sea tu vida.
 Y ahora al fin, amigo hiel,
 que, para siempre, la fiel
 más honda de tu amargura
 se funda con mi pintura
 en la llama del pincel.

Aunque refleja el libro una actitud indagadora, intento mirar con ternura irónica y cierto grado de distanciamiento las experiencias personales para, como dice Manuel Jurado, “fotografiarlas no en su realidad física sino en la realidad transida de las sombras, empeñado en dotar a las sombras de los seres, los paisajes y los objetos de un esplendor de espejo incendiado por la luz del negativo”.

Las cosas por su sombra, dividido en dos partes, “Piedra en el agua” y “El agua entre las piedras”, comienza con poemas de tono melancólico, evocaciones de una infancia perdida o un amor olvidado, con el recuerdo del tiempo ido:

PIEDRA EN EL AGUA

Emigraron los años lo mismo que las aves.
 De aquellos días tibios, serenos de la infancia,
 como vagos esbozos sobre lienzo de niebla
 apenas han quedado, suaves, en mi memoria
 algunas pinceladas de leve veladura.
 Así la primavera pasó dejando sólo
 alguna que otra flor, un guijarro en el río,
 un aroma de lluvia, unos labios de agua.
 Hoy, sentado en el íntimo umbral de cada tarde
 bajo el cielo aterido y tordo de noviembre,
 para olvidar que el tiempo también tiene su prisa,
 en las cálidas olas de ayer mis ojos hundo
 como en los de una niña morena y misteriosa.

Y es que, como escribiera José Luis Morante, mi “paisaje literario tiene naturaleza elegíaca y el poema se convierte en una obstinada lucha contra el olvido”.

DESCUBRIMIENTO

No sé bien si Dios —o la fortuna
creyendo que escribía una novela—
quien te llevó a la puerta de mi escuela
un día claro a eso de la una.

El caso es que tu luz, de altiva luna
llena, alumbró mi larga noche en vela
de repente. Después, seguí tu estela
como el viento su sombra por la duna.

Ya lo sabes, más tarde hubo de todo:
lo mismo echar al vuelo la alegría
que consolar las penas en un banco.

Y luchar, sin descanso y codo a codo ,
tú y yo, contra el olvido, Poesía.
sobre la nieve del papel en blanco.

Aunque sabemos que el poema nunca se identifica con lo vivido sino que sólo crea una nueva realidad, una vez más memoria y poesía se funden aquí en un intento de rescatar instantes pasados.

La segunda parte, sin perder —a mi juicio— la capacidad de sugerencia, acoge en ciertos momentos una expresión más coloquial, como en el soneto que la abre, donde se dan la mano la voluntad de perfección clásica y el lenguaje más contemporáneo.

ÚLTIMA EDICIÓN

Pongo el televisor: otra subida
del IPC, empataron cero a cero
los eternos rivales, el primero

de la tarde acertaba la embestida...
Elijo otro canal: nueva caída
del dólar, aún más grande el agujero
en la capa de ozono, el aguacero
hizo ayer imposible la salida
de la etapa, en el norte sigue el frío,
más víctimas en la última batalla,
el último adelanto de las ciencias...
Dejo el mando a distancia y el hastío
y pongo T.V. Dios en mi pantalla,
pero no veo más que interferencias.

Las imágenes de esta segunda parte se decantan hacia lo cotidiano, y dos buenos ejemplos son los poemas “El color del dinero” y “Libro de reclamaciones”.

EL COLOR DEL DINERO

He puesto cuanto tengo a plazo fijo,
y renovable por el tiempo
que Dios quiera, en la nueva sucursal
bancaria de mi calle;
que, tal y como están las cosas hoy,
es mucho desaliento para llevarlo encima
y demasiada sombra para tenerla en casa.
Así que, cada dos o tres
melancolías,
me paso por el banco donde
una hermosa muchacha
atiende en ventanilla
e ingreso mi salario
de rutina, reviso el saldo
de mi historia y retiro
una pequeña suma de ilusiones.
Para cubrir mis sueños semanales
me basta con mirar
el color del dinero.
de sus ojos.

Si en “Piedra en el agua” predomina un decir nostálgico, una suave tristeza, la resignación ante el inevitable paso del tiempo, “El agua entre las piedras”, aun partiendo de actitudes semejantes, presenta un acercamiento a posturas más optimistas, que se cumplen en los dos últimos poemas “Amanecer”, afirmación del amor, y “La dicha”, un paseo paternal a través de los ojos de una “niña traviesa”, donde, según Joaquín S. Vallés, “se encuentra la felicidad en el cariño de la hija que va creciendo, como una aceptación vital de que aquel paso del tiempo que en la primera parte se veía como abandono de lo que fue, puede adoptar en la segunda el sentido positivo de lo que se va haciendo, de lo que será”.

LA DICHA

Tal vez la dicha sea, entre otras cosas
cotidiana y hermosamente simples,
venir, como esta tarde, a recogerte,
a la salida del colegio, ¿sabes?,
y bajo el sol dorándose en tu pelo,
llevarte de la mano y sorprenderme,
como si del olvido regresara,
de ver que ya me llegas justo al pecho
y de lo mucho que a ella te pareces;
y al aire nuevo de la primavera,
pasear por el parque y de palomas
llenarme el corazón y la mirada
cuando alegre me cuentas que sacaste
un siete en Naturales y que Bea
te ha invitado a su fiesta de cumpleaños.
Acaso se la dicha, como tú,
una niña traviesa que se esconde
detrás de una caricia o de la puerta
de esta cafetería donde estoy
merendando contigo mientras Laura
Pausini, tu cantante preferida,
se pregunta en estéreo ¿POR QUE NO?

Así podemos entender el sentido simbólico del título de ambas partes: “Piedra en el agua”, como la inerte que se resiste a la vida; “El auga entre las piedras”, como la vida que fluye a pesar de los obstáculos.

Pese a una aparente diversidad temática, aparte de la soledad y el olvido, aparece el mar como hilo conductor, el mar, símbolo de la diversidad y la permanencia, del ser y sus mudanzas. Son estos poemas los que tienen una mayor densidad reflexiva.

BAJAMAR

Por el cielo un sol de cobre,
 desde nadie sabe cuando,
 baja vencido y buscando
 su sepultura salobre.
 Por la playa, así, una pobre
 sombra, un hombre herido, vaga:
 lleva en el pecho la daga
 del desaliento y la pena.
 Y viene y va por la arena.
 a ver si el mar se lo traga.

Hay otros en los que predomina el juego de la ironía y las complicidades expresivas, como los poemas “Antítesis” y “Suicidio”, donde se aborda, en palabras de Ramón Reig, “un tema crucial: el desafío de escribir, el riesgo de escribir. Ese riesgo que entraña algo de especial significado: encontrarse con uno mismo y con ciertos paisajes interiores y exteriores que pueden no ser precisamente hermosos”. O lo que es igual: ganar en poesía lo que se pierde en vida.

SUICIDIO

I

Comprendió que la vida
 se la llevaba el viento
 y no tuvo valor

para apuntarse a muerto.
Para ponerse a salvo
del olvido y sus miedos,
no encontró más salida
que escribir unos versos.
Pobre hombre aquel hombre
tan joven, tan ingenuo.
Ni siquiera sabía
que aquello era abrir fuego
y saltarse despacio
la tapa de los sueños.

Diferentes temas y tonos diferentes, pero siempre pretendiendo lograr una armonía donde nunca se estorben las vivencias. El sentido unitario del libro no es obstáculo para que formalmente haya procurado desplegar una amplia variedad de versos, alternando el libre con estrofas clásicas: el soneto, la décima o los metros asonantados. Como en el romance de heptasílabos. “La arriada”, en el que se encuentra una aceptación de la muerte a través de los recuerdos infantiles, o en el soneto también heptasilábico “El pozo”.

LA ARRIADA

Mana recuerdos tibios
la tarde de noviembre
mientras sobre la cama
me acostumbro a la muerte.
Acodado y absorto,
un niño, desde el puente,
contempla, al sol, las barcas.
Con ojos transparentes
el niño mira, y tiembla
el agua en las paredes.
Con las aguas del río,
del mar y de la fuente,

con las aguas del cielo
lo que se fue nos vuelve.
Sigue lloviendo y sigo
haciéndome a la muerte.
Con la lluvia verdean
los recuerdos de siempre.
Humeante y veloz
pasa un tren bajo el puente
y en su estela de humo
a lo lejos se pierde
sin dejar lejanía
En mi pecho inocente,
de niño, qué milagro,
qué alegría, qué suerte,
no saber cuánta vida
se nos va con los trenes.
Y después, cuánta lumbre
apagada en la nieve.
Como un perro de sombra
¿quién una, algunas veces
no dejó vagabunda
el alma en los andenes?
Se empañan los cristales
del recuerdo. Me vence
el sueño. El niño va
cayendo en la corriente.
Nada. Nada después
más triste. Lentamente,
en las aguas del tiempo,
como el gozo fue hundiéndose.
La lluvia va amainando,
apenas casi llueve.

Hay, también, algunos poemas muy breves, de inspiración popular, especie de haikus machadianos, en los que se pretende alcanzar una mayor concentración poética.

ATUENDO

Si nunca creció contigo
el niño que llevas dentro,
cómo es que se le quedaron
tan cortos todos sus sueños.

En resumen, he procurado armonizar la herencia clásica con la indagación renovadora, lo culto con lo popular. Asumir los préstamos de los clásicos para, desde ellos, levantar un mundo personal. Y, sobre todo, apostar, hablando a media voz, por la naturalidad y la sencillez, por una poesía que sea algo más que dominio formal del verso, que tenga emoción, temblor, verdad. Poesía escrita desde el corazón, sentida y capaz de hacer sentir.